La Informática como *Arte Poética*[*]

Pablo Noriega B.V.

0. Preámbulo

Il·lustríssim Sr. Antoni Pérez i Garzón, Alcalde D'Esplugues de Llobregat. Il·lustríssim Sr. Estanislao Saló, Director General d'Ensenyement de la Generalitat de Catalunya. Honorable Sr. Robert Vergés i Cadanet, President de les Escoles Garbí i de la Fundació Pere Vergés. Autoridades, mestres y professors d'aquestes escoles, sres y srs. graduants, pares de familia, senyores i senyors

M'agradaría molt poder parlar-vos en catalá, però permeteu que com mexicà m'expressi en la meva llengua materna, crec que puc ser més clar i, a més a més, més espontani.

Por razones misteriosas me han encomendado el delicado deber de pronunciar una lección magistral en ésta para vosotros tan significativa ocasión. Y más aún, esta grave encomienda vino acompañada de la precisa pero no menos inquietante recomendación de hablar de aquello que yo hago.

Cualquier persona ligeramente más responsable que yo hubiese declinado con inmediata cortesía este grave compromiso. Yo acepté, lo confieso, por una ligereza fruto de la vanidad. Pero esa liviandad pronto dio paso a una pertinaz preocupación por elaborar un discurso que no resultara inútil. ¿Qué sentido tiene --pensé-- hablar de Informática en un acto de graduación?

La solución estaba --evidentemente-- en los tres componentes implícitos en la pregunta: el *acto*, el *tema* y el verdadero *propósito* de esta intervención. Les ruego me auxilien a desentrañar estos elementos y así cumplir razonablemente --con la complicidad de todos los presentes-- esta inmerecida distinción de la que fui yo objeto y ustedes inocentes víctimas.

1.- Primer elemento: el acto mismo.

Contra la evidencia escrita, y contra la aparentemente irrefutable tradición que hoy se continúa, postulo que éste no es un acto de "graduación". No al menos en el sentido ordinario --y póstumo-- del término. No se trata aquí, hoy, de constatar públicamente que se ha finalizado un proceso de instrucción y despedir a unos antiguos alumnos, sino todo lo contrario: de

[*] Paraules llegides dins l'acte de graduació dels alumnes de COU (curs 1995-96) de l' Escola Garbí i de la Institució Pere Vergés. Espluges de Llobregat. 13 de novembre de 1996.

darles la bienvenida en un nuevo estado. Venimos hoy a testificar que se ha iniciado ya una etapa nueva e importante en la vida de los "*graduantes*". Ellos compartieron ciertamente una experiencia educativa común, pero hoy se reconoce públicamente que ya han comenzado a formar parte de la comunidad de "egresados" de las Escoles Garbí y la Institució Pere Vergés, y que con ello adquirieron privilegios y responsabilidades que les acompañarán en esta fase de crecimiento y actividad que ya se ha iniciado.

Estamos pues presentes en un "rito de iniciación", y fieles a las formas de este ritual es preciso develar misterios y encomendar misiones.

Cada uno de los aquí presentes hemos hoy de representar un papel en este rito y debemos procurar hacerlo con suma dignidad. El papel protagónico es el de ustedes los graduantes. Sus maestros, sus padres y sus amigos tienen hoy un discreto papel testimonial (su papel de formadores lo han cumplido antes y algunos quizás lo seguirán cumpliendo después). Son ustedes --los graduantes -- los actores principales: quienes hoy quedarán investidos con los símbolos de unos instrumentos que les permitan acometer con mayor éxito las hazañas y proezas que el destino les depara. Las autoridades aquí presentes legitimarán esa investidura y les darán indicios de lo que se espera del futuro de ustedes. Finalmente, mi papel puede entenderse como el último obstáculo que ustedes tienen que superar antes de recibir esos símbolos, pero es algo más: sus maestros me han escogido como el último maestro que ha de *explicar* una lección desde dentro de su escuela y habré por ello de revelarles alguna pista más del acertijo que es la vida. Yo he elegido hablarles de la Informática como Arte Poética.

2.- Segundo elemento: Qué es la Informática.

Con aguda ironía, Arthur C. Clark afirma que "*toda tecnología suficientemente avanzada es indistinguible de la magia*". En lo que a la Informática se refiere, la frase me parece felizmente apropiada.

Me parece que hay un paralelismo superficial bastante inmediato pues, como en la magia, en la Informática por un lado están los expertos, y por otro el público. Estos magos, depositarios de un conocimiento arcano, se conducen frente al público de manera misteriosa y enigmática. Dueños de un vocabulario hermético, transforman la realidad, mediante sortilegios y embrujos ante la mirada azorada de los espectadores, obteniendo resultados sorprendentes: a veces contraintuitivos, a veces aterradores. Para el espectador no iniciado, esos resultados pueden ser atractivos o repugnantes, pero suelen ser más que nada distantes, ajenos a su capacidad real de intervención, ajenos a su voluntad. El espectador queda hechizado por la ilusión, confundido por el ensalmo, intrigado por la prestidigitación.

Pero hay también una afinidad más profunda que la frase de Clark permite descubrir: el mago sabe (y también el espectador) que su magia son simples trucos, y sin embargo aún el mago no deja de admirarse, (como lo hace el espectador más inocente o el tecnólogo más insensible), ante el único y verdadero milagro de la magia y de la tecnología, el milagro del ingenio humano.

Por otra parte, sin embargo, conviene reconocer que así como hay afinidades entre magia e Informática, también hay diferencias.

Hay una diferencia sutil, aunque importante: en Informática, los especialistas podemos ser también espectadores sorprendidos por nuestros propios colegas. Y hay una diferencia importante y manifiesta entre la magia y la Informática: *la Informática es inevitable.*

A nadie se le escapa el hecho de que la Informática está presente de manera cotidiana y constante.

Por ejemplo, cada vez que compramos en un supermercado, constatamos cómo un "lector óptico" registra el artículo que adquirimos; asentimos mudos al constatar que su precio es exhibido en la máquina registradora, añadido con implacable precesión en nuestra cuenta y, suponemos, impostergablemente imputada contable y administrativamente su salida del inventario. Nuestro pago lo efectuamos mediante una tarjeta bancaria que electrónicamente nos identifica y autoriza a nuestro banco para que transfiera los fondos necesarios a la cuenta bancaria del supermercado; y al final del mes, si somos afectos a revisar papeles, podremos cotejar que los familiares recuerdos de esa compra, del calor de nuestro casa, la luz de nuestras veladas, del agua de todos los días dejaron también el discreto rastro de una deuda saldada informáticamente.

Pero esa presencia de la informática no es inocua. La Informática ha transformado de manera superficial algunas de nuestras maneras cotidianas de actuar. A veces, inclusive, nos cuesta trabajo recordar cómo eran éstas antes de la informática, y no podemos menos que enternecernos cuando tenemos ocasión de observar ejemplos de lo que antes de esta era era como era. No sé si a ustedes, por ejemplo, les parece todavía natural el ver en una película el decidido gesto de un escritor que arroja lejos de sí una cuartilla *recién mecanografiada*. A mí --habituado ya al uso de los editores de texto -- me produce una imprecisable nostalgia por esas máquinas heroicas y ruidosas que sus hijos seguramente nunca verán fuera de un museo.

Permítanme proponerles otro conmovedor ejemplo de anacronismo --un volátil fósil etnográfico-- la Clínica Barraquer. Hace unos meses tuve la oportunidad de visitarla en calidad de paciente, y me impactó muchísimo. No niego que el edificio mismo me sobrecogió --y tampoco niego que mi

aprensión pudiera deberse, más que a la insólita decoración, a que yo padeciera secretos e infundados temores de sufrir alguna enfermedad incurable -- pero una vez habituado al extraño entorno, mi deformación profesional me hizo reparar en el incesante trajín de un grupo de jóvenes vestidos de blanco. Como mensajeros de esquivas deidades, estos personajes claman en voz alta el nombre de un paciente y cuando el elegido responde, lo conducen solícitos hasta la puerta de un privado recinto taumatúrgico. Lo curioso --para mí-- es que los albos azafatos realizan este viaje portando respetuosamente en sus manos un delicado envoltorio en el que se guarda la información relativa al paciente. En un sobre de plástico translúcido se custodian las hojas multicolores, cuadriculadas, manuscritas -- puntillosamente manuscritas-- que los técnicos, asistentes, practicantes, aprendices y médicos rellenan con lápiz, marcador, bolígrafo o estilográfica según parece dictar algún arcano protocolo. No hay base de datos, no hay ordenadores para captura de datos o apoyo al diagnóstico, no hay informatización: todo se realiza como en una clínica de hace cincuenta años. Bueno, todo no; la cobranza y los recordatorios de la próxima consulta están impecablemente informatizados.

Esta injerencia de la Informática en la vida cotidiana se suele presentar -- por parte de los técnicos-- como una bendición. Evidentemente tiene innegables beneficios y ventajas, pero como toda innovación trae también inconvenientes y desagradables sorpresas. Es cierto --probablemente-- que aumenta la productividad de las instituciones, también que libera recursos y que instituye nuevas ocupaciones, aunque esto no siempre nos es grato. Suscita nuevas formas de acción, nuevas formas de interrelación que solemos encontrar positivas muchas veces --mercados globales, correo electrónico-- pero no siempre ha sido posible anticipar o evitar abusos -- como los delitos vía Internet.

Por ello --y creo aportarles aquí un elemento aleccionador-- constatar que esta presente y altera nuestra vida no es suficiente para enfrentar el fenómeno informático. Y no lo es porque además de inevitable la Informática es sutilmente compleja. pues es, en realidad, un *arte poética*.

Trataré de explicarme.

Preponderantemente, la actividad de los informáticos consiste en *automatizar* actividades y procesos. Es decir, tomar un fragmento de la realidad, observarlo con atención y producir una versión de ese fragmento en el que ahora intervendrán ordenadores que substituyen algunas actividades o procesos que se realizaban *manualmente*.

Esta versión automatizada de la realidad pudiera ser una simple *transcripción* de la versión manual original. Podría ser una elemental *re-codificación* de las actividades habituales en términos de un instrumento

que permite la simple substitución de uno de los componentes. Pero raramente es así. El proceso de observación y la evocación subsecuente suelen introducir nuevos elementos que no estaban presentes en la práctica manual, aparecen alternativas, opciones, que en la rutina no eran evidentes. Al momento de producir la versión automatizada, el propio modo de expresar esa nueva versión, añade elementos, matices, entendimientos que no existían en la versión original. El informático pues, al igual que el poeta, recrea la realidad; y si éste es diestro en la utilización de sus recursos técnicos --como aquél con los poéticos-- la nueva versión permitirá no sólo una versión nueva de la realidad, sino una lectura más lúcida, más profunda, más bella.

Pero la informática, como la poesía, no es sólo una transcripción más o menos *literal* de la realidad. Así como Aristóteles valoraba en la Poética su componente creativo --a diferencia de la Historia--, así también la informática crea "artilugios". Como la poesía, la informática usa como materia prima las palabras, las ideas, la experiencia. Sin embargo, la informática, además produce instrumentos que se *in-corporan* en las actividades, los procesos, las instituciones... Si como alguna vez conjeturaba con exagerado optimismo B.L. Whorf, sólo podemos pensar aquello que podemos decir, no es raro que un arte poética tenga tamaña trascendencia, particularmente cuando las palabras que ésta *informa* transforman no sólo las imágenes mentales que tenemos de la realidad, sino la propia realidad.

Sí, evidentemente la informática acuña neologismos que le dan forma a las ideas, algunas quizás atávicas, pero aún éstas lúcidamente nuevas una vez que son aptamente nombradas y encarnadas en objetos tecnológicos. Ahora, por ejemplo, *decimos* que los expedientes de un médico son una *base de datos*, los agudos saben que un *hipertexto* es un mero palimpesto electrónico, o que la *realidad virtual* es una forma más de la imaginación; pero también son mucho más. El uso informático da nuevos significados a viejas intuiciones y aporta con ello nuevas y poderosas metáforas: las *redes* ya no atrapan peces --ni metafóricamente pensamientos-- sino que enlazan personas y encauzan contactos, la *memoria* es un ente físico cuyo valor comercial es cada vez más bajo, aunque nuestra avidez por ella se haya vuelto voraz, y una *máquina* (lisa y lironda) ha dejado de ser aquella movida por vapor y substitutiva de la fuerza física para pasar a ser un ordenador, una computadora, un cerebro electrónico que usamos como prótesis de nuestra propia inteligencia.

Después de la informática la noción de *precisión* es otra. Ya no aceptamos que una epidemia afecte a "muchas" personas, nos hemos acostumbrado a saber cuántas, dónde y en qué condiciones. Y otra también es ya nuestra noción de *inmediatez*: yo --como tantos otros de nuestras generaciones: ustedes, mis padres,...-- trabajo, electrónicamente, con mis colegas de múltiples países simultáneamente; sus ideas fluyen entre sus mentes y la

mía a través de una red que nos enlaza física y profesionalmente: casi gratuita, casi universal y de forma casi instantánea.

Pero es que además estos cambios distan de estar confinados a la esfera personal e interior: Otra es ya nuestra idea de vigilancia, otra la de atención al público, otra distinta llegará a ser la de consultar la opinión de los demás. Y por ello la informática tiene el terrible poder de transformar nuestra íntima realidad y también la colectiva: No es raro que el Presidente del Club de Roma aventurase una desproporcionada contrastación: "La sociedad industrial se abre paso a una nueva sociedad de la información en la que las nociones de mercado, trabajo, bienestar, convivencia distarán tanto de las de aquélla, como ésas de las de la sociedad feudal que la precedió". La contrastación si no es exacta es al menos constatable: tan lejos está la Inteligencia Artificial actual de las "presiones del *super ego*", como la "lucha de clases" de la Ciudad de Dios.

3. El Sentido de mi exposición

En realidad, toda esta exposición ha sido una especie de pre-texto para una reflexión final, que aunque aquí sea expuesta con brevedad, confío que en ustedes madure y fructifique con el tiempo.

He pretendido argumentar que es inexcusable aproximarse a la Informática, pero juzgo innecesario convencerlos de que hay que hacerlo con prudencia: con SENY y con MESURA. De igual forma que --como bien lo saben ustedes-- lo requieren también otras disciplinas complejas: la Economía, la Política, la Demografía o la Convivencia. Y así como nadie en nuestra sociedad puede darse el lujo de adoptar una actitud indiferente frente a ellas, tampoco puede hacerlo frente a la Informática.

La Sociedad de la Información en que estamos viviendo --queramos o no-- requiere pues una *nueva ilustración*, en la que debe caber necesariamente la Informática, porque es un componente fundamental que gesta o cataliza esta nueva sociedad. Pero esa ilustración --como cualquier otra-- conlleva la adopción, consciente, serena, objetiva, de una postura científica, una postura estética y una postura ética.

Para estos nuevos ilustrados, la *especialización* se impondrá como un proceso natural en su formación y en su actividad. A ello habrán de responder con una honesta ambición *generalista*.

Estarán inmersos en un mundo en el que la *tecnología* resultará un factor preponderante de análisis y de instrumentación de las acciones, pero deberán tener siempre presente que el verdadero fin de la Τεξνη es el ser humano; y por lo tanto, *humanistas* en el mas puro sentido erasmiano

deberán ser.

Habrán de confrontar fanatismos, banalismos y facilismos con la afilada luz del *racionalismo* y habrán de saber acompañarse siempre con la suave tolerancia *liberal*.

Y, finalmente, serán estos nuevos renacentistas quienes --habiendo mamado en estas aulas el ejemplo-- enfrenten la vida con *realismo* y la hagan fértil, esperanzada, solidaria y bella porque nunca jamás claudiquen de su lúcido *optimismo*.

Porque, como dijo Rilke...

...porque el estar aquí es mucho
y, porque al parecer, todo lo de aquí nos necesita,
estas cosas efímeras que de un modo tan extraño nos incumben.
A nosotros,
los más efímeros.

Cada cosa,
una *vez, sólo* una *vez.*
Una vez y nada más.
Y también nosotros una vez,
aunque no sea más que una sola:
haber sido terrenal no parece revocable

(Rilke, Elegías Duinesas, Novena elegía)